

Dime lo que haces, y en qué pasas el tiempo cuando sales del escritorio; dime si piensas en mí; si te acuerdas de tu Linilla que te quiere mucho, mucho, mucho, y sólo vive para amarte. ¡Adiós!

ANGELINA.

P. D.—¡Cuidadito con no escribir! Te castigo no vuelvo á pensar en tí.»




XXXVIII

La carta de Angelina fué para mi alma entristecida como el rayo del sol que disipa en valles y riberas las brumas que dejó la tempestad. Me sentí dichoso y feliz, feliz y orgulloso de ser amado. Algo como un soplo de primaverales vientos inundó mi alma y vino á reanimar mi desmayado corazón.

No quise recogerme sin escribir antes á Linilla. Todo reposaba en torno mío. Por la ventana, abierta de par en par, entraban los aromas del jardín; el agua corría silenciosa por el sumidero del pilón, y de cuando en cuando, anunciador de la estación florida, preludiaba un jilguero su amorosa serenata.

A media noche dejé la pluma, y leí, y releí mi carta: seis pliegos escritos por las cuatro carillas.

Presa de un desaliento inexplicable metí los pliegos en el sobre. No; no decían aquellas páginas lo que sentía mi corazón. En vano me empeñé en transmitir al papel las impresiones que en mí produjo aquella carta; en vano luché por expresar la emoción de mi alma hondamente conmovida, la emoción sublime que señoreada de mi espíritu anudaba mi lengua, humedecía mis ojos y paralizaba mi pensamiento.

Desalentado, rendido de cansancio, me tendí en el lecho. A la incomparable alegría de un instante sucedió en mí cierto estado penoso, y procuré dormir.

Alguien ha dicho que el sueño es un anticipo que nos hace la muerte. Dulce y reparador después del trabajo; consolador y benéfico cuando el dolor hincó en nuestro pecho sus garras de milano; rico en imágenes y fantasías cuando está con nosotros la esperanza, suele ser esquivo, desdeñoso, cruel, si cuando la felicidad nos sonríe le pedimos, para completar nuestra dicha, un ramo de su corona de adormideras.

El sueño tardó mucho en venir. En tanto me dí á pensar en que próximamente tendría yo que separarme de aquella casa para ir á ganar entre desconocidos y extraños un pedazo de pan.

¿Qué harían sin mí las pobres ancianas? ¿Qué harían si yo me iba? Tendrían más dinero, es cierto, pero se quedarían solas, como abandonadas, sin más amigos que un viejo servidor trabajado y achacoso; un médico tan pobre como ellas, y un dómíne que se moría de tristeza y... de hambre!

Al irse Angelina fué preciso buscar una criada que viniera en auxilio de mi tía Pepa y de señora Juana. Pero, ¿con qué pagarle sus servicios? Mi sueldo, no siempre pagado con puntualidad, á causa de la mala memoria de Castro Pérez y de mi timidez para reclamársele, lo que ganaba mi tía con sus flores y sus chiquillos, y lo que Andrés nos daba, era lo único que teníamos. Resolvimos suprimir un platillo en la mesa, y eso que la nuestra no era, por cierto, mesa de banqueros ni de príncipes.

Iba yo á ganar un buen sueldo; no sabía yo cuánto; pero, en fin, no sería tan exiguo como el que me pagaba el jurisperito. Tendría yo en la hacienda casa y comida; los tiempos mejoraban, y era del caso aprovechar la buena suerte; pero la idea de abandonar á mis tías, aunque fuese para atender á sus necesidades de un modo más amplio, me atormentaba, me llenaba de angustia,

y no dejaba de aterrorizarme el pensamiento de que en el prometido empleo me sería necesario tratar con personas que no me estimaran, que acaso no me conocían, y de las cuales tendría yo que sufrir menosprecio y maltrato. Cuando se habla de la pretendida felicidad de los ricos, y se elogia la abundancia en que viven, el lujo que gastan, las comodidades de que disfrutan y el bienestar que los rodea, nadie acierta á señalar lo único que á los mimados de la fortuna da verdadera superioridad sobre aquellos que viven de un trabajo diario, penoso y mal retribuido. No; no está su envidiable superioridad en los respetos sociales, ni en la estimación pública, que, aunque aparente y mentida, es poderoso elemento de felicidad, porque hace que todos les guarden consideraciones y respeto; ni está en la tranquilidad de una vida sin afanes,—que también los tiene el rico, y grandes y terribles,—sino en la noble entereza que les da el dinero para rechazar los ultrajes, para no pedir á nadie favores ni indulgencia con mengua del propio decoro. La pobreza rebaja de ordinario los caracteres, abate el espíritu, envilece el alma, la nivela con lo más abyecto, y sólo espíritus muy levantados, espíritus de sublime temple, salen ilesos de la prue-

ba. Cuando solemos encontrarnos con seres mezquinos, con almas degradadas, para las cuales el respeto propio es vana palabra, que si llega á los oídos no conmueve el corazón, ni tiñe de rojo las mejillas, decimos: “¡Alma de esclavo!” Y sin quererlo pensamos en una vida de miseria que envileció el carácter y encanalló el espíritu. Dígase lo que se quiera, esa nobleza es la única felicidad de los ricos. Por ella, sólo por ella, los admira el mundo. Todo lo demás que en ellos envidia la multitud es como la corona de oropel que ciñe la frente del comediante. ¡Noble dignidad, dignidad envidiable que pone á salvo las prendas más altas del corazón!

Observad á todos aquellos que vivieron una niñez miserable; en cuyo hogar faltó muchas veces el pan; que no tuvieron ropas para cubrir el demacrado cuerpo; que imploraron avergonzados la caridad pública, y no como el mendigo, con serena franqueza, sino ocultando la demanda en una frase lisonjera; que pasaron, poco á poco, de la timidez bochornosa á la súplica sonriente; de la petición insinuante á la explotación vergonzosa, y de allí . . . á la tolerancia interesada, y veréis cómo, aunque estén en la opulencia, aunque la sociedad los mime y la fortuna los ha-

ya indemnizado de cuanto en un tiempo les negó, aun tienen en lo más escondido del corazón el vinagre y la hiel de la miseria. La pobreza desesperanzada imprime carácter, y en su seno se crían la soberbia hipócrita, la modestia burlana, la astucia dolosa, que tienen flexibilidades de víbora; la ruindad intrigante, la maledicencia porzoñosa, y la envidia exangüe que todo lo codicia y que todo lo afea.

En pos de esa noble dignidad corren todas las almas levantadas, alto el pensamiento, alto el corazón: el estudiante que se afana por conquistarse digno puesto en la sociedad; el mercader que gasta en el trabajo los años mejores de la vida; el menestral que lucha por conseguir vida independiente. El deseo de alcanzarla es la única disculpa que tiene la avaricia.

Mi padre quiso darme esa codiciada felicidad no pudo lograr sus propósitos; pero de él heredé ese instinto de soberbia altivez con la cual rechazé en todo tiempo, de niño, de mozo, y de hombre maduro, la humillación indigna, la represión inmotivada, el atropello brutal de quien se consideraba superior á mí. De mi madre heredé plácida dulzura para la debilidad, sumisión respetuosa para todo acto de justicia, tendencia

irresistible para compadecerme del ajeno dolor, y cierta delicadeza femenil que me ha causado muchas amarguras.

Entregado á estas meditaciones pasé una hora. Vino el sueño, y vino dulce y halagador, como un amigo cariñoso que acude á nuestro llamado para darnos consuelo, para reanimar el abatido corazón; como una hermana compasiva que se acerca á nuestro lecho, acaricia nuestra frente, entorna nuestros ojos, y nos invita á reposar porque sabe que padecemos y necesitamos descanso.





XXXIX

Al día siguiente, después del desayuno, dije á mis tías lo que pasaba.

—¡Y te vas!—exclamó mi tía Pepa.—¿Te vas y nos dejas?

—Es preciso. Comprendo que esto ha de ser muy penoso para ustedes. . . . Lo comprendo, ya he pensado en ello, pero ¿qué hacer?

—¡Ahora que estamos solas, cuando Angelina acaba de irse. . . cuando después de tantos años de ausencia has vuelto á nuestro lado!

—Sí, tía, me iré; y no por gusto. ¡Bien sabe Dios cuánto me duele esta separación!. . . . Pero no se aflija vd. Es necesario. . . . Estoy obligado á. . . .

—¡A vivir con tus tías!—exclamó interrumpiéndome.

—Estoy obligado á subvenir á las necesidades de ustedes.

—¿Y no te basta con lo que ganas en la casa de Castro Pérez? ¿Te pedimos algo que no puedas darnos?

—No, tía; pero no puedo mirar tranquilamente la vida de trabajo que lleva vd. Andrés hace por nosotros cuanto puede, y el pobre puede poco. No me avergüenzo de aceptar sus favores; pero eso no debe seguir así, indefinidamente... Ya sabe vd. que en la casa de Castro Pérez gano poco, y que no es posible ganar más.

—Pues yo creo que allí está tu porvenir....

No pude menos de sonreír al escuchar á mi pobre tía.

—¿Mi porvenir?

—Sí.

—No, tía; yo no me pasaré la vida escribiendo alegatos. Ese trabajo me mata. No porque sea rudo, sino porque es insuficiente. Prefiero las faenas agrícolas y la vida agitada de los campos que dan salud y buen humor.

La enferma permanecía silenciosa. Tía Pepa trató de convencerme de que no debía yo dejar-

las. Discutimos largamente el punto; ella, viva, nerviosa, desatando todas las dificultades; yo, aparentando una serenidad que no tenía. Ni la anciana quería rendirse ni yo conseguía convencerla.

—Vamos,—exclamé—que resuelva mi madrina!

—Sí, hijo mío:—contestó la anciana—eso me toca á mí! Pepa te quiere mucho y se le hace duro que nos dejes. Piensa tú, Pepa, que no estará muy lejos de nosotras; piensa que vendrá frecuentemente, y considera que aquí, con Castro Pérez, no hará nada. Te irás, Rodollo, te irás, y nos quedaremos muy contentas. No hablemos más. Vístete, que como te veo te juzgo, vístete y vete á la casa de Fernández. No saldrás descontento, es una persona muy fina. ¿No es verdad, Pepa?

—Así lo haré, tía.

—Después, te vas á la casa de Castro Pérez, y le avisas que dentro de veinte días, ó los que sean, según lo convenido, tendrás que separarte de allí, y ya está!

Y agregó un poco trémula y conmovida:

—Mira: siento que nos dejes; pero la razón me dicta que te deje ir; que no te impidamos lo que vas á hacer. Yo el mejor día me iré también, y no quiero que á la hora de morir me atormente la

idea de que por culpa nuestra has perdido un bien-estar que nosotras no podemos darte. . . .

La voz de la anciana iba siendo más débil cada día, y á la menor emoción se le apagaba hasta hacerse imperceptible. Para calmar á la enferma y dejarla tranquila le di un abrazo y la besé en la frente.

—No, madrina, no hay que afligirse! Vendré á ver á ustedes cada ocho días. Además, la hacienda de Santa Clara no está en el fin del mundo. . . Ya, ya verá vd. á su sobrino, qué majo y qué gallardo que viene, vestidito de charro, en un caballo soberbio! ¡Ya verá vd., tía Pepa, qué elegante y guapo estaré con el pantalón ceñido, el jarano galoneado, la chaquetilla airosa y la pistola al cinto! ¡Y *taca, taca, taca!* ¡Ahí está el rancho! ¡Ya llegó! Y entrará Juana, diciendo: «Señora. . . ya vino el charro!» Y vd., tía Pepilla, vd. saldrá corriendo á recibirme y abrazarme, ó se asomará vd. á la ventana para verme llegar, y ver á todas las muchachas que han de mirarme con tamaños ojos, como diciendo: «¡Qué reguapo!» Y entraré, sonando las espuelas, y ustedes se pondrán muy alegres. Y. . . ¡chas! ¡Ahí está el chorro de pesos!

Sonreía la enferma, sonreía tía Pepilla, y yo me

paseaba por la estancia, afectando la gallarda apostura de un jinete admirable.

Una hora después salía yo de la casa del señor Fernández. Presenté la tarjeta del Doctor y fui recibido perfectamente. El hacendado me hizo pasar á su despacho, una pieza elegantemente ajuarada. En dos por tres quedamos arreglados.

—Le espero á vd. el día quince. Vendrán por vd. Mandaré un criado. ¿Tiene vd. costumbre de montar á caballo?

—No, señor, debo hacerlo como un colegial. . . Sonrió el hacendado, y me dijo:

—Amiguito: ya veremos! . . . Cabalgando se aprende. . . .

Después me habló de mi familia, de mis tías, de la enfermedad de mi madrina, de mi abuelo, á quien había tratado en no sé que parte, y luego, en dos palabras me despidió.

—Bien:—dijo—¡asunto arreglado! Vd. me perdonará. . . estamos de viaje! . . . ¿Gusta vd. de almorzar?

Y se levantó y me condujo á la puerta.

En esos momentos apareció la señorita.

—¡Papá!

Sonrojose al verme, y murmuró tímidamente:

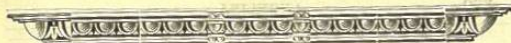
—Vd. dispense. . . .

—¿Qué quieres, Gabriela?—le preguntó el caballero.

—¿A qué hora hemos de salir?

—Después de comer. . . . á menos que tú quieras salir más tarde. . . .

Saludé, y me fui. ¡Linda criatura! Aun me parece que la veo con aquel vestido azul que parecía un jirón de cielo; esbelta, donairoso, elegante, sencilla, húmedos los rubios cabellos, que, atados con una cinta de seda, caían hacia la espalda sobre una toalla anchísima. ¡Nunca me pareció más bella!



XL

Cuando llegué al despacho me encontré con el jurisperito. Salía para ir al Juzgado.

—Amigo:—me dijo muy gestudo y mohino—ya me cansé de esperar. . . . ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué viene vd. á esta hora? Recuerde vd. que el deber es lo primero. Déjese vd. los amoríos para los ratos de huelga.

Me sentí herido, y murmuré una disculpa que no calmó la cólera de don Juan, sino que, por lo contrario, le impacientó, porque, interrumpiendo mis excusas, agregó en tono despreciativo:

—¡Bien! ¡Bien! Que no se repita esto! . . . Me voy al juzgado. Avise vd. á las muchachas que no me esperen. . . . Volveré entre cuatro y cin-

co. Ahí en mi bufete está un escrito . . . Cópiele vd!

Se compuso el sombrero, y se fué. A poco, cuando principiaba yo á escribir, oí en el zaguán voces femeniles que distrajeron mi atención. Luisa y Teresa, (no eran otras las que hablaban) aparecieron en la puerta del escritorio. Venían muy majas y de ataque.

—¡Papá!—gritó la rubia, asomando su vivaracha cabecita.—¡Papá! ¡Ya estamos de vuelta!

Luego que supieron que don Juan había salido, y que no volvería hasta la tarde, las dos muchachas se colaron de rondón en el despacho, y tomaron asiento en la banca de los clientes. Se abanicaban furiosamente, y se miraban y sonreían como deseosas de decir algo que no les cabía en el cuerpo.

—¿No le robamos el tiempo?—preguntó la morena.

—No, señorita.

—¿De veras?—dijo la rubia.

—No.

—Pues entonces,—prorrumpió Luisa,—deje la pluma, y charlemos un rato.

—Como ustedes gusten.

—¿A que no sabe vd. de dónde venimos?

—De la iglesia; de las tiendas; vendrán de comprar perendengues y moños.

—¡No!—exclamaron á una.

—No acierto. . . .

—Adivine vd! . . . —dijo la morena

—Adivine vd! . . . —repitió la rubia.

—No acierto, señoritas. . . .

—¿Oyes, Luisa? ¡No acierta! Pues nosotras sabemos dónde estuvo vd. hace media hora. . . .

—¡Ah! No es difícil saberlo. Acabo de llegar, y ustedes me verían salir de casa. . . .

—¿Oyes, Tere? ¡De . . . casa!

—Pues de allá salí hace una hora.

—¿Conque de casa, eh?—murmuró la morena—¡De casa!

Se miraron discretamente, y sonrieron.

Luisa, para lucir sus lindas manos, se compuso el peinado, afirmando las horquillas con la punta de los dedos. Teresa se acomodó en el asiento dejándome ver los pies, primorosamente calzados; luego, cerró de un golpe el abanico, fingió que arreglaba las varillas, bajó los ojos, y después de un rato de silencio, repitió, viéndome de hito en hito:

—¿Conque de casa, eh?

Me eché á reír. Aquel *conque* era la muletilla

de las señoritas Castro Pérez, y en Villaverde cuando de ellas se hablaba, todos decían: *las niñas Castro Conque*.

—¿De qué se ríe vd?—preguntó contrariada la rubia.

—De nada. Son ustedes muy maliciosas....

—¡Conque de casa!—volvió á decir.—No sabíamos que vivía vd. allí, en el *pa...la...cio* de la marquesita! ¿Por qué no avisa vd. cuando muda de casa?

La tormenta estaba encima.

—Son ustedes muy maliciosas. Es cierto que estuve en la casa del Sr. Fernández..... ¿y qué?

—¡Vaya! ¡Vaya! Confiesa vd....—exclamó Luisa, abanicándose.

—Nada tiene de extraño. Ya saben ustedes que los negocios... Fui á recoger una firma.

—¡Puede! Si nosotras estábamos allí.... Fui-
mos á pagar la visita. Ya nos daba vergüenza
ver á Gabriela. Figúrese vd. que hace más de
un año que vino acá. Papá decía á cada rato:
«Niñas . . . ¿ya pagaron esa visita?» Nosotras
no queríamos ir... porque.... la verdad....

—No la digas;—interrumpió la morena— no
la digas, que Rodolfo es de los interesados!

—¡Adiós! ¿Y por qué no? Una es muy dueña
de decir lo que quiera....

—Sí; pero... no á todo el mundo! ¿No ves
que Rodolfo....

—Diga vd., Teresa, diga vd!

—¡No, Tere!—suplicó Luisa.

—¡Pues lo he de decir!... Pues, vaya, que...
esa señorita nos... choca!

—¿Y por qué?

—¡Friolera!—exclamó Luisa—¿No la ve vd.
tan pagada de sí, y tan orgullosa, que á todos
desprecia, y que dice que todas las vilaverdinas
somos unas payas..., unas ridículas.

—Vean ustedes, señoritas: pienso que esa
niña no es orgullosa, ni está pagada de sí; pienso
que no desprecia á nadie, y que, por lo contra-
rio, es muy amable con todos; y de seguro que
es incapaz de decir eso que ustedes le atribu-
yen . . .

—¡Vd. qué ha de decir!.... Vd. la defiende
porque.... ¡vaya! porque está vd. enamorado
de ella!

—¿Yo, Teresa?

—Sí.

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Todo el mundo! ¡Todo el mundo lo dice!

—Pues *todo el mundo* dice mentira.

—¿Mentira? ¡Que me azoten en la plaza, y que no lo sepan en mi casa! Vd. dirá lo que guste.... pero si no es verdad eso que cuentan, vd. tiene la culpa de todo, porque le hace vd. unos osos terribles... Noche á noche va vd. á oirla tocar... Allí se está vd. horas y horas, en la baranda de la Plaza. Y por eso Gabriela, que sabe que tiene... *au... ditorio*, no se quita del piano... Y por cierto que... (¡no se enoje vd!) por cierto que la pobrecilla lo hace bien mal!... ¿Verdad, Luisa?

—¡Por Dios, Tere! —exclamó la morena.

—¡Cállate tú! Ahora verá vd., Rodolfo: le dijimos que tocara, y tocó la *Sonámbula* de Talberg. ¡Jesús nos asista! ¡Qué *Sonámbula*!

—No, hija, no; no digas eso... Ella toca sin expresión, sin compás... pero en cuanto á ejecutar... ¡ejecuta mucho! Ya quisieran muchos, de esos que se llaman profesores, ejecutar como Gabriela!

—Pues, mira, Luisa; ¡yo ni eso le concedo! ¿Qué chiste tiene eso de aporrear el piano? Si aquello me parecía un pleito de perros.

Y la rubia se tapó las orejas.

—Teresa, por Dios: ¡ten caridad! —dijo en to-

no compasivo la morena —No hables así; dirán que decimos eso por... envidia!

—¿Envidia yo? ¿Y de qué? ¿Yo? ¡Gracias á Dios que no tocó el piano!

—No; pero pensarán que tú no haces más que repetir lo que yo digo.

—Y dirán la verdad. Quién me dijo ahora, al salir de allá: «¿Viste, oíste? ¡Eso no es tocar! ¡Lástima de piano!» ¿No fuiste tú? Pues entonces ¿de qué te espantas? Yo diré lo que me dé la gana. Ya lo sabes: ¡tan fea como tan franca!

Me indignaba la murmuración de aquellas niñas tan mal educadas y tan cursis.

—¿Fea? ¡Nada de eso! ¿Quién ha dicho que es vd. fea? No lo digo yo, ni lo dice nadie, y menos... Ricardo Tejada.

Encendióse la rubia al oír este nombre. Ricardo había sido su novio, lo sabía yo muy bien, él mismo me lo dijo en el Colegio, y Teresa no le perdonaba á mi amigo que, á poco de *terminar* con ella, hubiera visto con demasiado interés á la elegante y encantadora señorita. De aquí el odio á Gabriela; de aquí que murmurase de su hermosura; de aquí el que afeara todo en la señorita Fernández.

—Sí;—contestó vivamente Teresa— ya sé que en Ricardo tiene vd. un rival. . . .

La maldiciente polluela estaba enamorada de mi amigo; le quería, á su manera, le amaba como loca, y no podía olvidarle.

—Sí, ya sé que Ricardo está enamorado de Gabriela, lo sé; y sé también que por eso no habla con vd., ni le busca como antes: ¡Antes tan amigos! ¡Ahora enemigos á muerte!

—¿Enemigos? ¿Quién ha dicho eso?

—Sí, se pasan pero no se tragan. . . Pero esté vd. tranquilo, Rodolfo; Ricardo no es temible. . . no es temible!

—Vea vd., señorita: si Ricardo está creyendo que yo pretendo á Gabriela, es porque alguno le ha engañado. . . Alguno que ha querido burlarse de nosotros. . . !

Luisa nos escuchaba atentamente, jugaba con el abanico, y sonreía al oírme. Teresa se quedó un instante pensativa.

—Oíga vd., Rodolfo: ¿me quiere vd. hacer un favor?

—Véamos, cuál? . . .

—¿Tiene vd. amores con esa señorita?

—No.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues, enamórela vd.; enamórela vd. Yo conozco muy bien á las mujeres, como que soy del sexo. ¡Enamórela vd! ¡Yo le aseguro que en dos por tres se arreglan ustedes!

—¿Y Ricardo?—pregunté con mucha seriedad.

—¿Ricardo? ¡Que rabie! ¡Quién le manda ser tonto!

Las muchachas se levantaron, chacharearon dos ó tres minutos, y se fueron. Ya en la puerta se detuvieron. Teresa se volvió hacia mí, y con tono entre suplicante y malicioso me dijo:

—Rodolfo: ¡enamórela vd!





XLI

Castro Pérez llegó poco antes de las cinco. Entró silencioso, dejó en su mesa el sombrero y el bastón, y luego, paso á paso, se dirigió á la mía:

—¿Acabó vd. la copia?

—Aquí está.

Leyó el alegato, firmó, y volvió á su pieza. Yo le seguí.

—Deseo hablar con vd. dos palabritas.

—¿De qué se trata?

Díjeme que iba yo á separarme; que á ello me veía obligado por la necesidad; mis gastos iban siendo mayores cada día, y lo que allí ganaba no me era suficiente para atender á mi familia.

—Vamos:—me interrumpió—¿á qué viene todo eso? Está vd. disgustado porque esta mañana....

—No;—me apresuré á contestar—dí motivo para que vd. me reprendiera. Tiene vd. razón; el deber es lo primero. No, señor: le aseguro que no es esa la causa de mi separación. No gano aquí cuanto necesito, y, como es natural, estoy obligado á procurar que mis tías no carezcan de nada. Tengo empleo en otra parte.... Allí ganaré más.

Encendióse el jurisperito, se irguió en la poltrona, se compuso las gafas, y mirándome por encima de los cristales me dijo desdeñosamente:

—¡Bien! ¡Bien! Y... sepamos: ¿qué empleo es ese? ¿Va vd. á meterse á maestro de escuela?

—No, señor.

—Pues, entonces?

—Voy á la hacienda de Santa Clara....

—¡Ya me lo imaginaba! ¡Lo de siempre! ¡Ese Fernández se ha empeñado en quitarme los escribientes! ¡Bien! ¡Bien! Haga vd. lo que guste; haga vd. lo que mejor le convenga; pero no diga que aquí ha estado vd. mal retribuido, porque no es verdad! Nadie ha ganado aquí más que vd. No

diré que le pago un capital, ni mucho menos, porque el dinero no cae con la lluvia, pero.... es vd. soltero, no tiene vd. familia, ni obligaciones.... Con lo que tiene vd. aquí... le basta y le sobra! ¡Bien! ¡Bien!

Quise replicar, pero me pareció inútil toda aclaración. Castro Pérez prosiguió:

—No estará vd. contento en Santa Clara. Lo anuncio desde ahora. Allí, según noticias, se trabaja mucho, mucho!... Vd. no tiene costumbre de matarse así, de sol á sol, como un gañán. Aquí está vd. mejor; tiene vd. tiempo libre para todo.... ¡Hasta para hacer versos! ¡Bien! ¡Bien! ¿Y cuándo se va vd?

—Dentro de quince días.

—Eso sí está malo, malísimo! ¡Bien! Se irá vd. cuando guste. Hoy mismo llamaré al sustituto ¡Queda vd. libre desde hoy!

—Yo contaba con seguir aquí, al servicio de vd., hasta el día en que debo estar en la hacienda, y he querido....

—No, joven, no; lo que ha de ser tarde que sea temprano.

Me sentí humillado, y callé.

—Vea vd., joven;—agregó con dulzura—quédese vd. conmigo.... Le aumentaré los emolu-

mentos; le daré cinco pesos más. ¡Creo que con eso no tendrá vd. dificultades!

—¡Imposible, señor! Acepté ya el destino, y no me parece conveniente rehusarle ahora.

—Tiene vd. razón. ¡Bien! ¡Bien!

Abrió el cajón de la mesa, sacó un puñado de monedas, me hizo la cuenta, á tanto por día, como á un criado, y me dió unos cuantos duros. De buena gana me hubiera yo negado á recibirlos, á pretexto de generoso desprendimiento, pero aquel dinero me era necesario; era pan y vida alegre para algunos días.

¡Triste condición la del pobre!—pensé—Triste condición la de quién está obligado á servir á otro! Y entonces recordé, uno por uno, todos los malos ratos que había pasado yo en la casa del jurisperito, y en los cuales no reparé nunca, aunque no fueron pocos. Recelos, malos modos, despótico trato, reprensiones inmotivadas, correcciones estúpidas, alardes de ciencia que tenían por objeto mantener un crédito cimentado en arena, y, sobre todo, esa desconfianza ofensiva, insultante, que hay en algunos ricos para con el desgraciado que les sirve y gana poco, de quien se teme todo lo malo, y á quien se puede ultrajar impunemente, pues se sabe que el ultrajado

tendrá que callar, porque si habla y replica, y rechaza con noble energía la infame sospecha, se quedará sin el mendrugo diariamente ganado á costa de un trabajo penoso.

Hasta entonces paré mientes en que el pobre, el que vive de un sueldo mezquino, está á merced de quienes le pagan. ¿Qué hará si le echan á la calle? ¿Qué hará, si, lastimado en su honradez y en su dignidad, protesta de su inocencia, y toma el sombrero, y se va? «¡No hará tal!—dice el amo—¿Qué come mañana? Tiene hijos, esposa. . . .» Y fiado en esto le ultraja y atropella sin piedad.

Pero entonces no había caído en mi corazón ni una gota de hiel. La juventud es generosa, es buena, y no cree, no quiere creer que los demás son ó pueden ser malos; piensa que sólo hay razones nobles y almas bondadosas.

No olvido ni olvidaré jamás que cierto día, en el despacho de Castro Pérez, recibí una buena cantidad en metálico; conté y volví á contar las monedas, las revisé con el mayor cuidado, y estaban completas. Contólas después el jurisperito, y le faltó una. No tardó en salir trémulo y colérico.

—¡Aquí falta dinero!. . . —prorrumpió en voz alta, delante de Porras y Linares.

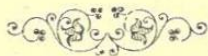
Volví á contar el dinero en presencia de todos.
¡Cabalito!

—¡Tiene vd. razón!—murmuró don Juan—¡Vd. dispense!

Don Cosme no se dió cuenta de lo que pasaba. Porras me detuvo al paso, y, poniendo sus manos en mis hombros, me dijo dulcemente:

—¡Este hombre no tiene remedio! ¿Quién le manda á vd. gastar esas corbatas. . . . tan bonitas! ¡Paciencia, joven! ¡Paciencia!

Dieron las seis, recogí algunos papeles que tenía yo en el cajón de la mesa, dí las gracias á Castro Pérez por sus bondades para conmigo, y me lancé á la calle.



XLII

Aquellos veinte días fueron muy amargos para mí. ¡Más de medio mes sin ganar un peso! Nuestros gastos habían subido considerablemente; hubo que pagar á una criada, y fué preciso comprar no sé qué medicinas muy caras que recetó Sarmiento, y vino de suprema clase para la enferma. Andrés, generoso como siempre, acudió en mi auxilio.

—No te aflijas,—me decía,—el tenducho da para mucho. ¡Toma!

Y puso en mis manos un rollo de pesos.

Mi salida de la casa de Castro Pérez, salida que además de enojosa me pareció ofensiva para mi buen nombre, me puso abatido y desalentado.

Todos aquellos que me veían en la calle, sin ocupación ni empleo, y que antes me vieron en el despacho del abogado, pensarían, sin duda, que Castro Pérez me había despedido por algo vergonzoso. Dime á cavilar en esto, y me resolví á no salir de casa. Me pasaba yo el día leyendo, escribiendo y cuidando del jardín. Las plantas que Angelina y yo habíamos sembrado prosperaban á maravilla; los rosales recobraban su lozano follaje; las violetas macollaban que era una gloria, y el cuadro de *no me olvides* parecía una alfombra de felpa.

Cierto día, aburrido de pasar el tiempo entre cuatro paredes, tomé el sombrero y me fuí de tertulia á la casa de don Procopio. Allí estaban los pedagogos y el P. Solís. No bien me vieron mis críticos se pusieron á sonreír como si de mí se burlaran, como si recordaran que me habían puesto de oro y azul en sus periódicos. Los mancebos que trabajaban detrás del mostrador, el uno triturando cierta sustancia fétida, y el otro copiando una receta, se miraron, se hicieron una seña de inteligencia, que no pasó inadvertida para mí, y de buenas á primeras me preguntaron por qué causa me *había despedido* el jurisconsulto. Dominé la cólera que en mí provocó aquel

ataque, que ataque era, y muy audaz, puesto que la palabreja usada era ofensiva, y en pocas palabras, con mucha cortesía, expliqué los motivos de mi separación. Ocaña y Venegas me oyeron con indiferencia, casi con desprecio, pero los boticarios dieron muestras de que se interesaban por mí.

—¡Ya!—exclamó el más parlanchín—¡Ya me lo imaginaba yo! Así son las cosas. Se lo dije á éste y á don Procopio. Me alegro de saber la verdad del caso. Ahora ya no daremos crédito á Ricardo ni á don Juan.

De seguro que uno y otro contaban á su manera lo sucedido, y en perjuicio mío. Pronto supe todo; los chicos de la botica no me ocultaron nada. Ricardito les dijo que el jurisconsulto me había despedido por abuso de confianza; *«no lo aseguraba... así lo decían... algo habría de cierto; el dinero es pegajoso; no es difícil que al contarlo se le pasen á uno dos ó tres monedas falsas, ó, lo que es más fácil todavía, que le falten á uno cinco ó... más duros,»* Pero Ricardo repetía que era yo persona honradísima, incapaz de faltar á la confianza que depositaran en mí; éramos condiscípulos, amigos, y él me defendería contra viento y marea.

Me irritó la maldad de mi amigo, me indignó su hipocresía; pero no había remedio, no le había, era justo que agradeciera yo á mi condiscípulo defensa tan brillante.

Don Juan, interrogado en la botica acerca de la causa de mi separación, se limitó á decir:

—Es muchacho inteligente, trabajador, tiene bonita letra, muy bonita, y aunque de cuando en cuando se le escapan algunas faltas de ortografía, escribe bien, muy bien! No sabia nada cuando entró en mi despacho, y pronto se puso al corriente.

—Bueno.—le replicaron—¿Entonces... por qué se ha separado de la casa de vd.?

Castro no respondió, hizo un gesto, y después de un rato de silencio murmuró:

—¡No me convenía tenerle en casa!...

Todos callaron, y nadie se atrevió á inquirir el motivo de mi separación. Unos pensaron que, sin duda, no veía yo con malos ojos á Teresa ó á Luisa; otros que, acaso, no cumplía yo con mis deberes; y todos que... ¡No me atrevo á repetir! Todavía, después de tantos años, ahora que de nadie necesito, ahora que si no soy rico, por lo menos vivo cómoda y decentemente, sin pensar en el dinero para el día de mañana, cuan-

do recuerdo la hipócrita calumnia de Ricardo y las reticencias de Don Juan, siento que me ahoga la sangre.

Me retiré de la botica triste y aflijido. ¿Y si la calumnia aquella, corriendo de boca en boca, llegaba á oídos del Sr. Fernández? Éste me cerraría las puertas de su casa, me negaría el empleo, ordenaría que me vigilaran los demás empleados... ¿Y si la calumnia llegaba hasta mis tías?... ¡Las pobrecillas se morirían de pena!

Es la calumnia como los miasmas de los pantanos: se levantan del fango en leve, imperceptible burbuja; se extienden, se difunden, envenenan los aires, y llevan la muerte á todas partes. En todas partes nos acechan: en el aire, en el agua, en los frutos incitantes que esmaltan los follajes, hasta en el aroma de las flores.

Muere el calumniado, pero la calumnia sobrevive, como para perseguir á la víctima hasta más allá de la tumba. La calumnia es la fetidez de las almas corrompidas. El corazón del calumniador es un esterquilinio.

Corrí á mi casa, me encerré en mi cuarto, y me tendí en la cama. Mis sienes ardían; el corazón se me hacía pedazos. Volviéndome y revolviéndome en mi lecho pasé dos ó tres horas.

¡Odio, odio terrible, deseos insaciables de venganza, que era preciso satisfacer! . . . Las pasiones más horrendas se agitaban en mi alma; las tinieblas del mal se agrupaban en torno mío, y al entornar los ojos percibía yo fulgores rojizos, relámpagos de sangre. Aborrecí la vida; maldije de ella; pedí la muerte; quise morir, morir, y no para escapar de mis enemigos, sino para libertarme de aquellas pasiones tempestuosas que entenebrecían mi espíritu y batallaban dentro de mí como legiones de irritados demonios. Pensé con alegría en la muerte. Dulce, amable, consoladora, surgió ante mis ojos como una doncella pálida, de rostro tristemente risueño . . . Sin darme cuenta de lo que hacía yo, mis labios repetían estos versos de Leopardi, leídos, pocos días antes, en las notas de un libro francés:

*Solo aspettar sereno
 Quel di ch'io pieghi addormentato il volto
 Nel tuo virgineo seno.*



XLIII

Entró la noche, llegó la hora de la cena, y tía Pepilla vino en busca mía.

—Muchacho: ¿qué tienes? ¿estás enfermo?

Tocóme en la frente y en las mejillas para ver si tenía yo calentura, y acariciándome dulcemente prosiguió.

—¿Qué te pasa? Dímelo, muchacho, dímelo . . . No hay en tu rostro la serenidad de siempre. Algo ha pasado que te apena . . . Tú padeces . . . ¡Habla, Rorró, habla por Dios! ¿Con quién has de quejarte si no es con nosotras?

—¡Nada, tía, nada! . . . He dormido toda la tarde, y la modorra me tiene así. ¡Vamos á la mesa!

Salté de la cama, ofrecí mi brazo á la anciana, y paso á paso nos dirigimos al comedor. Afectando la más alta corrección, como la de apues-